

OLEOS y ACUARELAS

RECIENTE está la exposición de las pinturas de V. Martínez. En esta ocasión no vamos a hacer alarde de suficiencia y documentación. No. Simplemente una llamada a la atención del público: Merecen verse dichas pinturas.

La vista en este caso se recrea en un ambiente fresco, nítido y naturalista, captado por el pincel operante y entusiasta de Martínez.

La poesía de colorido y la belleza estática motivan la exclamación de convencimiento infantil ¡Qué bonito! Mira esta acuarela ¡es preciosa!

La lente visual de este pintor contempla el paisaje extremeño en un temblor fiel, sin sacudidas ni mutilaciones trágicas.

Martínez es una sensibilidad ingenua, sin el jugo agrio que lleva parejo una formación cultural. Es un valor formativo, cotidiano, que concilia su yo con la naturaleza en amable y maravillosa armonía. Es facultad receptiva, sensorial carente de recelo analítico en sus borrones cromáticos. Poeta de la realidad, exento del azar fisiológico. Sus manchas carecen de matices inestables y escasa volatilización.

Se advierte la intimidad feliz en esos pegotes cromáticos amarillos de lapsos otoñales.

No hace hincapié en la nota sentimental de forma que para él la unidad indivisa la encontrará también mañana.

Gran ventaja la actitud de este pintor ante el plano de la vida, porque si dentro de la pobreza de la casa paterna, su manera de pensar pusiera en duda o negase, en el peor de los casos, los valores reales, surgiría una angustiosa oposición entre el intelecto y el sentimiento.

Por tanto se comprueba en el estudio de sus obras artísticas una psique extravertida, limpia y renaciente, alimentada en fuentes clásicas de un sentimiento vital e ingenuo. Conformismo con el imperio del objeto. El sólo atiende a ciertas intuiciones bellas y diáfanas de forma. No se ha dejado perder o rezagar el paraíso de la naturaleza y lo domina con una parte aprendida de oficio.

Yo le he visto manejar los pinceles abismándose en la contemplación de las imágenes. El está satisfecho con esas arcillas ocres, medias y doradas del terruño local: La vida es posible y digna de ser vivida. El ímpetu, la embriaguez al azar brillan por su ausencia.

Esas creaciones hablan de una personalidad artística bien definida. Su fantasía de forma estilizada apenas entra en juego, porque

está plenamente convencido que un árbol o una roca cumple en todo instante su efectiva presencia. Su pincel enarbola una idea de independencia y perennidad de la creación natural, emergente, realista, con justificación suma a toda autoridad humana.

¿Qué sensación de angustia cuando el artista dionisiaco pretende suplir imperfecciones de la conciencia colectiva con su telaraña subjetiva y mágica?

La idea y el sentimiento en esas manchas con transparencia de cristal se muestran acordes, compenetradas, y así, la nostalgia por la carencia de uno de los dos elementos no aflora.

En el lienzo está plasmada una lógica interna, bastante immaculada, sin fuga, con solidez de diedros en las mansiones terrenas.

No huyen los planos, no, ni se disfrazan con descontentos socializantes. Acepta la copa del vivir como es, sin elucubración idealista. Su intuición estética, física, concreta, sana, por su exuberante colorido.

La proyección sentimental de esos óleos y acuarelas encajan en la tendencia naturalista moderna. La íntima trama de sus pinceladas es casi imposible seguirla.

—A veces salen cosas geniales en plena inconsciencia—nos confiesa con espontánea sencillez, en la sala. Su fantasía concreta, regida por un gobierno voluntarioso hace gala de descomposición en siete colores en su óleo *Otoño*. El valor cromático acentúa la exaltación luminosa.

En el número 4, las concreciones graníticas pequeñas, dolitas, pisolitas y lacas pizarrosas están injertas de algo subjetivo y lírico; el negro bituminoso las envuelve en ola curva de fuerza en primer término; digamos que es rebrote de más idealización con entonaciones grises, plomizas. Es cielo de majestad y de reprimida ira hebrea. Bajo su tono frío, se vislumbra cierto escape de panteísmo apasionado.

Las curvas pastosas, envolventes del sidéreo son más enigmáticas.

Parece ser que en este «Paisaje extremeño» la voluntad artística se vió atacada por la voz exotérica de la montaña, y cedió el impulso a la oscura emanación del estilo oriental. Está ejecutado a golpe limpio de espátula.

En los dos primeros, de tono cálido, predominan las masas naranjas y el ocre rojo tostado y vienen a resumirse en armonía verde-azulada con vaporoso tamiz gris allá en el horizonte.

En sus acuarelas, las tintas, medias tintas negras y los efectos de luz penetran en las cosas y dan perfectos volúmenes. La «Fuente de los chorros» con el líquido elemento expulsado de los caños, valiente y optimista, con color de nieve en truco atrevido, corre con imperceptible rumor. Martínez, la ha sorprendido en el humilde rincón Verato, muy útil y activa, cisterciense andariega, cual poeta sin hábito de un viejo monasterio.

SALTERIO MARIAL (1)

(DIECES POETICOS)

INVOCACION

EL PECADOR:

Abre, Señor, mis labios, y tu mano
sirva de lazarillo a mi ceguera;
yo quiero arar temprano tu senara
con el surco sin fin, recto y bien hondo.

Dame alondras, Señor, y amanecidas
con balido de oveja y caramillo;
dame pan candeal, por hoy tan sólo,
y yo te he de pedir también mañana.

Caréame, Señor, a tu rebaño,
tan tierno de pastura y tibio aprisco,
de noches sin temblor de lobo hambriento,
porque siento dolor de berrocales
y, en la fuente sellada de tu otero,
quiere cantar mi voz tus alabanzas.

(1) Esta inspirada poesía, en noble competición con otras de celebrados autores, obtuvo el Premio del Excmo. Sr. Ministro de Educación Nacional, de cinco mil pesetas, del concurso literario de «Gabriel y Galán» organizado por el S. E. U. de Cáceres.